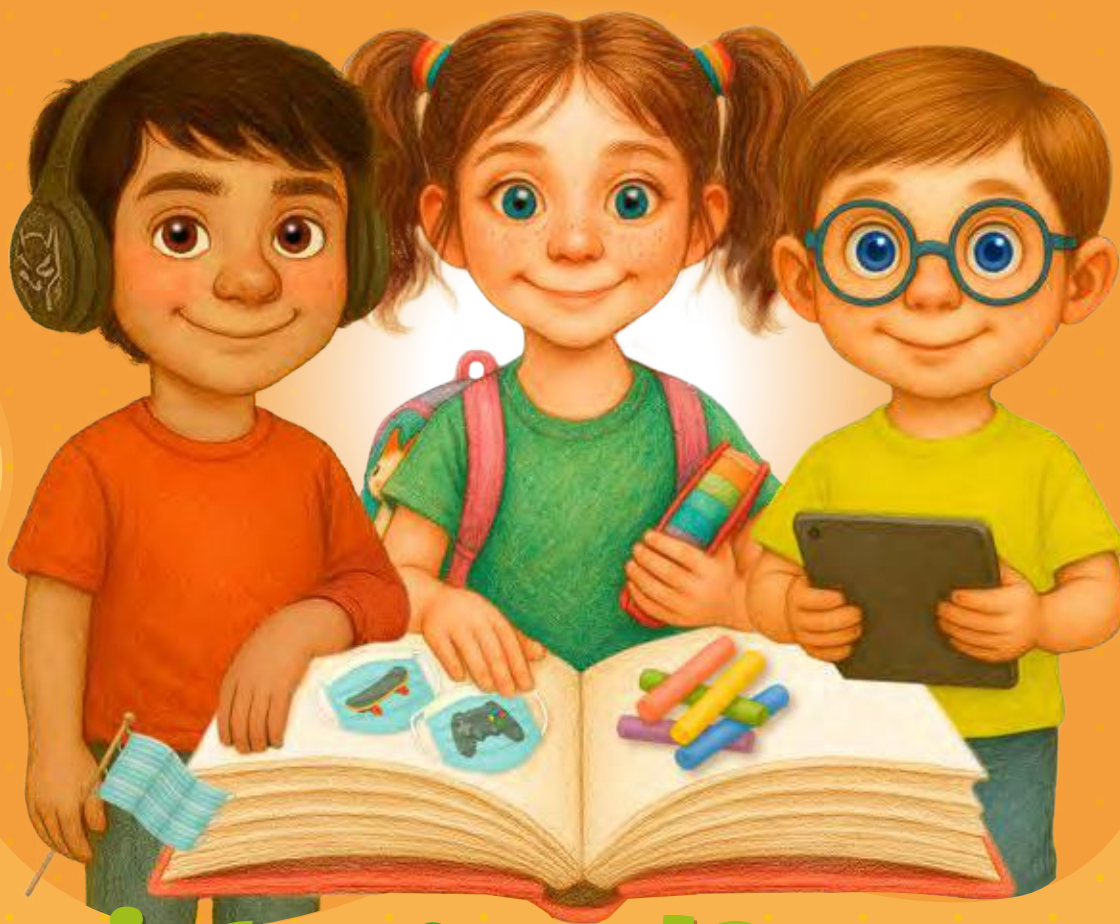




# Historias de sala de espera

## **Gestora y redacción de contenidos**

Daniela Reinhardt

## **Comité Editorial**

Daniela Reinhardt

Paula Rojas

Paulina de Groote

Mario Fonseca

## **Edición y corrección de textos**

Desirée Ibarra

## **Diseño, producción e ilustración**

OpenArt · [www.openart.cl](http://www.openart.cl)

## **Agradecimientos**

Wendy Silva

© 2025 Fundación Arturo López Pérez

Derechos reservados de textos e imágenes.

Septiembre 2025

Publicado por Fundación Arturo López Pérez.

José Manuel Infante 805, Providencia, Santiago,

Región Metropolitana, Chile.

Quedan reservados todos los derechos que confieren las leyes nacionales y los convenios internacionales vigentes o que entren en vigencia con posterioridad a esta edición. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro y las ilustraciones contenidas en él, incluyendo fotocopiado, incorporación a un sistema informático, arrendamiento, y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopiado, por grabación u otros métodos sin el permiso previo o por escrito del titular de los derechos del autor de esta obra.



# Introducción

## ¿Quién escribe este cuento?

Mi nombre es Daniela Reinhardt Valenzuela, soy psicóloga especializada en salud y oncología, y formo parte del equipo de la Unidad de Salud Mental de Fundación Arturo López Pérez (FALP). Además, soy mamá de una niña de 4 años que, al igual que la protagonista de este cuento, ama los helados, los animales y los lápices de colores.

## ¿A quién va dirigido?

Este cuento está pensado para familias que están atravesando una enfermedad oncológica y tienen niños pequeños entre 3 y 8 años. La invitación es a leerlo juntos, y al final de cada capítulo, compartir un momento de conversación a través de preguntas y actividades diseñadas especialmente para ellos.

## ¿Para qué fue creado?

El propósito de este cuento breve es ofrecer un recurso que acompañe a quienes enfrentan un diagnóstico de cáncer y, al mismo tiempo, cumplen roles de madres, padres o abuelos de niños pequeños.

Cuando una enfermedad irrumpe en la vida familiar, muchas veces surgen dudas sobre cómo involucrar a los niños, qué decirles, cuánto contarles o cómo abordar sus emociones. Este libro busca facilitar ese encuentro entre adultos y niños, creando un espacio seguro, lúdico y afectivo donde puedan compartir, preguntar y sentirse parte del proceso.

Espero de corazón que este relato sea un apoyo valioso para ustedes como familia, y recuerden siempre: que no están solos en este camino.

## CAPÍTULO I

# Un sofá muy blandito

Todo partió en una aburrida sala de espera. Íbamos al hospital con mi mamá cada tres semanas y solían ser horas muy muy largas y aburridas. **Eteeeeeeeeeernas.**

Íbamos para acompañar a mi abuelita que estaba enferma de algo que la cansaba mucho; ella se sentaba en unos sillones bien blanditos toda la mañana. Qué ganas me daban de sentarme ahí también con ella, se veía tan deliciosamente esponjoso ese sofá. Pero a mí no me dejaban, y debíamos esperarla afuera en unas sillas mucho más duras **(IN-JUS-TI-CIA)**.

Aunque me gustaba acompañar a mi mamá, también me aburría un poco. Yo ya conocía cada grieta en la pared, cada dulce de la máquina, lo que vendían en la cafetería y también las mejores heladerías del barrio.



Hay una que se llama el Toldo Celeste o Toldo Azul, que es nuestra preferida. ¿Cuál era mi sabor favorito? **Uno de súper dulce de leche, extra delicioso,** y a mi mamá le gustaba uno de chocolate bien oscuro y medio amargo. Siempre íbamos y pedíamos exactamente lo mismo. Éramos expertas en el barrio, conocíamos todo a la perfección, incluidos a los visitantes del hospital que veíamos todos los meses.



Siempre las mismas caras (muchas veces tan aburridas como la mía), porque éramos los mismos, incluso usábamos los mismos asientos. Sin que tuviesen nombres, yo sabía dónde debía sentarme y dónde no (se lo decía a mi mamá), porque otras familias también tenían **“sus”** asientos.

El mío era el de la ventana, igual que en los aviones o buses, siempre elegía ventana. Así podía mirar a la calle y me inventaba juegos viendo a la gente pasar. Jugábamos con mi mamá al “veo veo” y por un rato era entretenido. Otras veces pasaban cosas bien locas en la calle que me hacían reír muchísimo. No lo van a creer, pero un día vi a una señora paseando un ratón, sí, con correa y todo, y su larga cola que arrastraba por la calle. Otro, vi a una señora con una paloma blanca con su llamativo arnés rojo (difícil de creer, pero cierto) y en verano vi a un señor salir a la calle solo con traje de baño y un flotador. Mi mamá se quedó sin palabras, solo sonreía y decía: **“Para gustos, están los colores”**.



También me gustaba esperar para ver pasar a varios perritos del sector que ya reconocía, me encantan los animales. ¿Mis preferidos?

**El salchicha con corbata que usaba silla de ruedas, y un galgo que lucía un collar de perlas y a veces tenía sombrilla propia. Son tan lindos.**

Quiero bajar a saludarlos la próxima vez que los vea pasar.

Miraba por la ventana y era otoño. Lo recuerdo bien porque fue justamente ese mes de mayo ventoso cuando todo cambió. Fue ese mes cuando conocí a mis nuevos amigos y **¡¡¡creamos nuestro club!!!**

¡Ah! Mi nombre es **Rafaela**, soy una niña de siete años que siempre anda con su mochila de gati-unicornio y un estuche enorme de lápices. Soy quien te va a contar todas las aventuras que pasan en una sala de espera.





# Preguntas / Reflexiones

Estar en clínicas, hospitales o consultorios puede ser difícil para los niños, incluso a veces puede dar un poco de susto (**todo es tan blanco**).

1

¿Te ha pasado, como a Rafaela, sentirte a ratos aburrida o aburrido y no saber qué hacer? ¿Cómo te sientes cuando vas a hospitales o centros de salud?

2

¿Qué haces para no aburrirte o no sentir temor cuando estás en una sala de espera?



## Actividad

Imaginemos que estás sentado o sentada al lado de Rafaela en la sala de espera. Dibuja ahora tú algo entretenido y loco que viste por la ventana.



## CAPÍTULO II

# Misión de búsqueda

Cansados de los álbumes de stickers, los libros para pintar y los juegos del celular (ni hablar de las tareas del colegio), los niños que solíamos estar en la sala de espera **buscábamos lugares donde encontrar algo entretenido que hacer.**

Esa mañana éramos los mismos tres de siempre, y al niño de lentes azules y ojos más azules aún, su mamá le había encargado que llevara su tablet a cargar al lugar de los enchufes. Sin embargo, cuando estaba a punto de llegar apareció alguien que ocupó el último enchufe.

**-¿Y si buscamos en otra parte?,** dijo el niño alto de los audífonos Black Panther.

Su nombre era Francisco y estaba ahí acompañando a su hermano mayor, enfermo de algo a la sangre. Él viajaba de bien lejos, cerca del desierto de Atacama, y amaba la música, por eso siempre tenía sus enormes audífonos negros.

¡Síííí!- exclamé yo, que soy la niña de la mochila del gati-unicornio rosado **-¡una misión de búsqueda!-**.





El niño del tablet -llamado José Tomás-, que parecía ser el más tímido, simplemente asintió y fue a contarle a su mamá. José Tomás también venía de lejos, pero del otro extremo de Chile. Ellos vivían en Punta Arenas, un lugar muy muy al sur, donde viven los pingüinos.

Su papá era quien estaba enfermo, por eso venía siempre con su mamá. Ella le dijo que no fuéramos muy lejos, que no entráramos en lugares prohibidos y que por ningún motivo saliéramos del hospital ni nos separáramos, **¡Compromiso hecho y a correr se ha dicho!**

Partimos muy contentos, teníamos todavía bastante tiempo hasta la hora de almuerzo.

**¡¡¡Pero pronto nos pareció que la misión iba a terminar en un fracaso total!!!**

Cada enchufe que veíamos estaba ocupado y tenía sus vigilantes; al parecer los enchufes eran escasos y bien conocidos por los visitantes habituales. ¿Qué haríamos ahora? Regresar a la aburrida sala de espera no era opción para ninguno...



De pronto recordé un lugar tranquilo donde casi nadie iba, que tal vez nos podría servir de refugio para pensar los detalles de un plan para encontrar enchufes poco conocidos. Se trataba de una capilla pequeñita al final de un pasillo, a la cual íbamos con mi mamá y que siempre estaba vacía, silenciosa y en calma. Partimos entonces corriendo los tres, yo guiándolos por delante.

La capilla del hospital era perfecta, pequeña, sin nadie mirando o escuchando nuestros planes secretos, tenía bancas libres y había un gran silencio (que a veces me hacía falta). Pronto vimos que no tenía ningún enchufe, pero ya no nos importaba; esa misión ya no parecía tan relevante.

Encontramos algo mejor, un lugar que nos regalaría algo muchísimo más valioso y único: **habíamos dado con el lugar que sería la futura base secreta de nuestro club** y donde nacerían no solo nuestras aventuras, sino también una mágica amistad.





## Preguntas / Reflexiones

A veces todos necesitamos un espacio tranquilo, un rincón de calma, en especial cuando el mundo que nos rodea está algo revuelto y desordenado.

1

¿Tienes algún lugar al que te guste ir o una persona con quien te guste estar, cuando estás cansado o lleno de emociones?

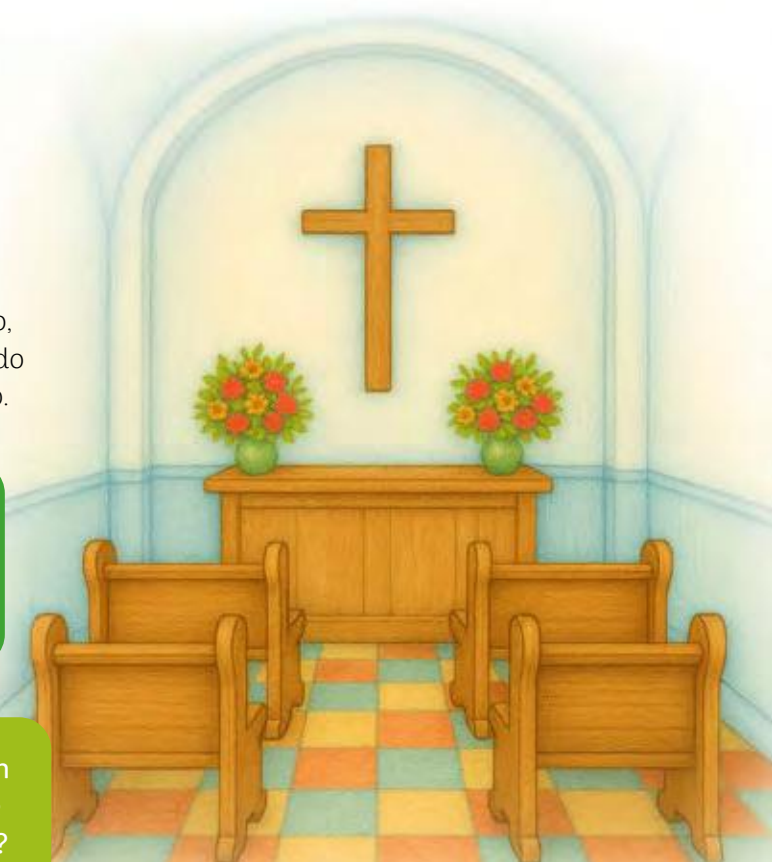
2

¿Cómo sería tu rincón de calma ideal? ¿Qué cosas tendría dentro?



## Actividad

Dibuja ahora cómo crees que sería ese refugio o club que los tres amigos van a construir o uno que a ti te gustaría. Seguro tienes grandes ideas.





## CAPÍTULO III

# El club debe tener nombre

Armar un club no es sencillo, menos cuando alguien es de Punta Arenas, el otro de Calama y yo de Santiago. Pensamos en nombres de comidas ricas, lugares, árboles, animales y superhéroes, pero nada se nos ocurría. Hasta que José Tomás, el niño de los lentes azules, dijo:

**-¿Y si pensamos en algo que tengamos en común los tres?**

Y ahí surgieron muy buenas ideas.

Yo que siempre llevaba mi mochila con muchísimas libretas y lápices empecé a anotar. Porque eran miles de ideas y todas buenísimas.





- **El Club de los Invisibles** - partió diciendo Francisco, el niño futbolero que venía del norte.

Nos contó riendo que desde que su hermano mayor se había enfermado, nadie lo obligaba a comerse toda la comida o a lavarse los dientes, que podía ver muchos capítulos seguidos de una serie antes de que se dieran cuenta y que hasta se habían olvidado de ir a buscarlo a los talleres del colegio algunas veces. Tenía muy buen sentido del humor, siempre nos hacía reír con sus ocurrencias.

**Qué risa, porque a todos nos había pasado algo**

**similar.** A mí no me habían mandado colación varias veces (mi mamá se la había llevado al trabajo por error) y a José Tomás, su mamá lo había dejado sin su remedio para la alergia hace más de un mes y aún no se acordaba, ¡jajaja! **Definitivamente, el Club de los Invisibles era un buen nombre.**

José Tomás propuso otro nombre:

- **¿Y si le ponemos el Club de los Mochileros?** -

Porque desde que su papá estaba en tratamiento, él dormía en muchas casas y llevaba su mochila con ropa y libros de un lugar a otro. Era como hacer un tour pero por todo Chile. Eso sí, igual le gustaba un poco, porque le daban regalitos y comida rica en todas las casas de familiares y amigos, aunque a veces era cansador tanto viaje y a ratos extrañaba su pieza.





A mí no me pasaba eso, porque como soy de Santiago, todo me queda más cerca, pero a Francisco y a José Tomás sí que les tocaba viajar muchísimo porque ambos venían de los extremos opuestos de Chile.

**- ¿Y si nos ponemos el Club de las Mascarillas? - dije yo, riendo.**

Es que la primera vez que nos vimos todos usábamos mascarillas y por eso nos conocíamos más por las cosas que llevábamos que por nuestras caras. El niño de los lentes azules, la niña de la mochila del gati-unicornio y el niño de los audífonos negros Black Panther.

Yo usaba mascarilla para cuidar a mi abuela y también para ir al colegio desde abril; era casi la única alumna que la ocupaba y esto a veces me daba un poco de vergüenza. Pero entendía que era por el bien de mi abuelita, que se enfermaba muy seguido en invierno. Bueno, la verdad era que casi me había acostumbrado a usarla. A veces hasta me sentía rara sin ella, me daba cierto **“poder de invisibilidad”**.

A ellos les pasaba lo mismo, hasta tenían unas mascarillas con diseños muy originales y personalizadas por ellos mismos. José Tomás, que pintaba muy bien, solía hacer diseños en la sala de espera y nos regaló unas nuevas para dar inicio oficial al Club, **además de crear una bandera de mascarillas.**

Y así nació el **“El Club de las Tres Mascarillas”**. Era como nuestra versión moderna de los Tres Mosqueteros. Y no solo partió oficialmente el club, sino también las aventuras que vivimos esos seis meses juntos en el hospital.





## Preguntas / Reflexiones

1

¿Te ha pasado alguna vez como a Francisco, eso de sentirte invisible (no visto) o no escuchado en casa? ¿O que quienes te cuidan dejaron de hacer cosas que antes sí hacían contigo?

2

Francisco y José Tomás, que eran del norte y el sur de Chile, tenían que viajar mucho o ir más seguido a pijamadas donde sus abuelos, tíos y amigos. ¿Qué es lo mejor de quedarse en otras casas? ¿Qué es lo que más extrañas cuando no estás en tu casa?



## Actividad

¡Ayuda a Rafaela, Francisco y José Tomás a poner lindo su nuevo Club! Inventá tú una bandera.





## CAPÍTULO IV

# Los superpoderes

Nos encontramos una vez más en la misma banca de la capilla. Ya nuestros padres sabían que apenas llegábamos al hospital nos íbamos corriendo al club a reunirnos los tres.

Pero esta vez la reunión fue distinta porque teníamos un propósito claro: **definir nuestros superpoderes**. No poderes de alta velocidad o de telarañas o de leer mentes. Nuestros poderes debían ser aún más especiales, tenían que ser capaces de ayudar a los pacientes en el piso de los sofás cómodos.



José Tomás comenzó ese día. Al parecer su timidez inicial había desaparecido, y tras esos lentes y ojos tan azules, había una imaginación inmensa que nos llenaba de juegos, ideas y aventuras.

**-Yo tendré el superpoder de “la esponja ultra absorbente”, y será fantástico - nos dijo.**

Nosotros con Francisco nos miramos sin entender muy bien lo que haría. ¿Sería algo para limpiar el suelo?

Era cierto que bastante seguido se nos daban vuelta vasos o tazas de leche en las casas y, si bien era algo que aquí podía pasar, parece que éramos más cuidadosos acá.

¡Pero no era para eso!



Era algo muchísimo más ingenioso y útil, José Tomás nos explicó que su papá tenía mucha pena, él lo sabía. Una noche lo había escuchado llorar en silencio, pero nunca delante suyo. Nos explicaba que su papá, para cuidarlos y no preocuparlos, siempre decía que todo estaría bien. “Pero yo sé que a ratos sí tiene pena y un poco de miedo”, nos dijo. **“Y quiero ayudarlo a él y a otros papás a sacar la pena y el miedo fuera”.**

Así nos presentó oficialmente la “superesponja absorbente”, capaz de **sacar las emociones difíciles y tristes, y entregar calma.**

Aplaudimos con Francisco, ¡era un poder genial! También para nuestra familia, porque parece que casi todos los adultos, sean abuelas, abuelos, papás, mamás o hermanos grandes, eran expertos en guardar sus emociones. Y no queríamos que cargaran con eso solos.

Yo les presenté la **“superpulsera”**, que en verdad era un pedacito de lana roja. Pero no cualquier trozo de lana, este era muy muy poderoso...

Esta lanita podía **anular los olores alrededor de la persona si estaba en su muñeca.** Ya sea olor a empanadas de pino, a algo que estaban cocinando, un perfume fuerte, cuando bañaban a mi perro, lo que sea. Cualquier olor molesto para la persona, era anulado al instante.



Les conté que a mi abuelita le costaba mucho comer al regresar a casa porque todos los olores la ponían mal. Se ponía muy muy blanca y a veces vomitaba. En la casa tratábamos de no usar colonias, alejar olores y cocinar temprano.





Pero siempre había algo que la hacía sentirse mal. Incluso mi perrita, a quien ella adoraba, debía mantenerse lejos de ella. Ya era viejita y a veces su aliento olía a rayos y centellas -mezcla de pescado y cebolla-.

Hubo una excelente acogida a mi “superpulsera” y Francisco quería una lanita para el baño del colegio, y otra para los gases de su perrito, ¡jajaja!

**Al parecer podíamos darle también otros usos a este superpoder anula olores.**

Finalmente Francisco presentó las **“gomitas flúor”**. Estas permitirían que su hermano, que llegaba a casa muy cansado de sus tratamientos, pudiera hacer algo que le gustara, como andar en skate, tocar guitarra o escalar. Con una de estas gomitas, **la persona que las comiera tenía una hora de superenergía.**



Wow, yo pensé que quería una para algunas mañanas en que iba al colegio. Una hora de superenergía me hacía mucha falta esas oscuras mañanas de invierno.

Y así, durante el resto de la mañana, cada uno estuvo concentrado cortando lanas para las pulseras, haciendo gomitas flúor con masas Play-Doh y recortando en cuadrados pequeños unas esponjas que José Tomás había sacado de su casa.

Queríamos llevar muchas para todos los pacientes y, por supuesto, para nuestras familias. **Este día seguro sería un día distinto para todos en el hospital.**



## Preguntas / Reflexiones

1

No es sencillo entender todo lo que está pasando y en salud a veces se usan palabras difíciles. ¿Hay algo que te gustaría saber sobre la enfermedad?



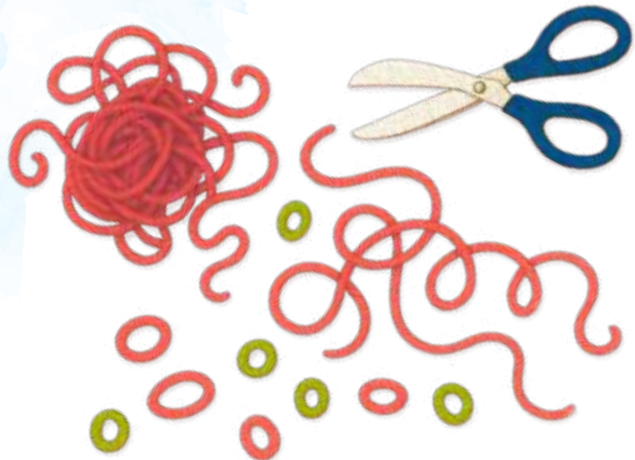
2

¿Te ha pasado ver a tu mamá/papá/abuelo/hermano alguna vez con mucho cansancio, con ganas de vomitar o con pena? Pregunta a un adulto cercano -familiar o profesor- para que te expliquen qué está pasando y cómo pueden ayudarlo.



## Actividad

Inventa un nuevo superpoder (lo puedes dibujar/escribir) y me cuentas para qué serviría.





## CAPÍTULO V

# Última gran misión

Lo pasábamos tan bien en cada nuevo encuentro, que esperábamos que las tres semanas pasaran volando para poder reunirnos nuevamente en nuestro Club de las Tres Mascarillas.



**Nuestros superpoderes habían sido un éxito.** Mi abuela aún usaba su pulsera de lana roja y hasta había cocinado cazuela en la casa. La gomita flúor le había servido para retomar un libro y la esponja me dijo que la usaba cuando tenía pena. Un día, incluso, estrujamos juntas la esponja amarilla en el baño y vimos cómo la pena se iba por el lavamanos. Después nos abrazamos muy fuerte.



Sin embargo, algo faltaba. Sabíamos que teníamos que cumplir una misión más antes de dejar de vernos, el tiempo volaba, y ya se acercaba la última sesión de quimioterapia de mi abuelita. Queríamos dar alegría a esas blancas murallas y energía positiva a esos soñolientos sillones donde nuestros familiares debían pasar largas horas en tratamiento.

**¿Qué podríamos hacer para alegrarlos en esas horas sentados?**



Mi abuela solía cerrar los ojos y dormir, que está bien. Qué rico dormir. Pero no me gustaba que fuera siempre ese el plan. José Tomás decía que su papá se ponía a trabajar y lo encontraba un panorama muy fome. En tanto, el hermano de Francisco parece que veía series todo el rato.

- **¡Pensemos en más ideas!** - dije fuerte y firme.  
Y cada uno se sentó en una banca a pensar.

-Yoooooooooooo. ¡Yo tengo una idea!- dije la primera, sonriendo y dando saltitos. Es que mi idea ya la venía pensando hace rato-. **¿Por qué no llevar perritos y gatitos o incluso conejos regalones al hospital?** Que acompañen a nuestros familiares, que puedan acostarse o jugar con ellos.

A mí me encantaba dormir con mi perrita. Ella también me abrigaba si estaba helada la noche y yo creo que, además, me hacía tenerle menos susto a la oscuridad. ¿Por qué no hacer lo mismo en el hospital? Todos estábamos de acuerdo en que las mascotas siempre dan alegría, así que era un plan excelente.

Por su parte, **José Tomas, un gran lector, propuso llevar libros** para leerles. Le encantaban los de rimas, poemas o incluso de misterios. Nos contaba que a su papá le gustaba mucho cuando él le leía, decía que se le “inflaba el pecho”. No entendía muy bien qué significaba, pero lo veía feliz. Armar una pequeña biblioteca, eso quería él. Y nosotros dijimos que podríamos aportar con libros de nuestras casas.

Francisco no estaba tan claro... Pero sabía que una consola de Play era algo que de seguro su hermano disfrutaría mucho. ¿Sería posible? Así podría dejar de ver series solo, haría competencias con otros niños y además sería la excusa perfecta para que su mamá lo dejara jugar más rato.





### **Un genio ese Francisco, ¡una consola de juegos en el hospital!**

Cada uno hizo su propuesta, con mis lápices de muchos colores las dibujamos lindas y atractivas, y antes de irnos se las dejamos a la enfermera amorosa que siempre nos daba algún dulce. "Gracias, niños. Me encantan todas las ideas que han pensado con mucho cariño para quienes están en el hospital", nos dijo. También nos comentó que se encargaría de ver si era posible hacerlas realidad.

### **¡Muchas gracias!**

Estaríamos atentos y cruzando los dedos para que nuestra última misión pudiese dejar de ser un sueño escrito en un papel, y se transformara en algo real.





## Preguntas / Reflexiones

Los tres amigos dejaron volar su imaginación, ahora te toca a ti.

1

Si pudieras hacer algo distinto en el hospital, ¿qué harías?

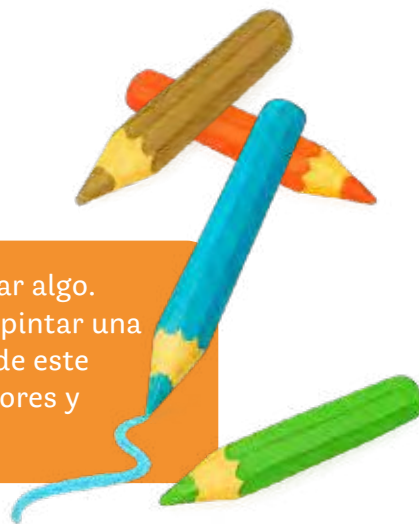
2

¿Qué crees que sería una buena idea para quienes esperan y para los que están hospitalizados?



## Actividad

Ahora es tu turno de crear algo. Quiero que me ayudes a pintar una de las murallas blancas de este hospital y llenarla de colores y dibujos.





## CAPÍTULO VI

# La despedida

Ya era septiembre. Había mucho más sol en las ventanas. Y mi abuela decía, con esperanza, que venía la época más linda del año, en la que todo florece y las calles se visten de colores. Me dijo que gracias a su superpulsera roja, **ahora podríamos ir a los parques a ver las flores.**



Pero, a pesar de lo lindo del sol, en el Club de las Tres Mascarillas no había tanta emoción por nuestro encuentro. Para dos de nosotros era la última ida al hospital (y a la capilla pequeña).

### **Era nuestra última reunión del Club de las Tres Mascarillas.**

Nuestras mamás, que ya eran amigas también, insistían en que nos volveríamos a ver. El papá de José Tomás había prometido un asado en Punta Arenas y mostrarnos el poderoso viento que hay allá. En tanto, la mamá de Francisco estaba organizando un viaje para que fuéramos a conocer el Valle de la Luna. Mi mamá les dijo que Santiago también era bonito y que la próxima vez que vinieran los llevaría a conocer la capital.

**Pero nosotros igual estábamos tristes.**

**Le regalé a José Tomás un libro de Gaturro**

que no tenía, sabía que le encantaban y seguro lo leería una y otra vez en sus viajes.

**Y a Francisco le llevé un jockey de**

**Minecraft.** Me habían dicho que en San Pedro y Calama era muy fuerte el sol. Ambos estaban agradecidos y emocionados con los regalos.

Nos abrazamos.

**Ellos, por su parte, me trajeron más lápices para mi estuche. Y una tijera nueva,** porque la que tengo nunca aparece cuando la necesito. Es un misterio que también tengo que resolver.



Mi abuela se despidió con lágrimas de las enfermeras del piso. Les decía que si bien no extrañaría los sillones, sí las extrañaría a cada una de ellas. Que se sentiría muy rara y vacía sin venir cada 3 semanas a verlas y que tendría que empezar a pensar qué haría en adelante con su tiempo libre.

La tomé de la mano y la llevé a nuestra capilla para que viera dónde habían nacido todas las ideas del Club de las Tres Mascarillas y ella aprovechó de despedirse también.

Ese día cruzamos las puertas del hospital con una esponja, una gomita y una lanita roja en la mano. Con una bandera de mascarillas en la mochila y con muchos planes por delante, porque esta amistad no terminaba acá.



Quién sabe, tal vez de grandes los tres hagamos un gran equipo médico, nos juntemos en algún hospital y continuemos con las misiones del Club de las Tres Mascarillas, llevando alegría y colores a las salas de espera, acompañando en esas largas horas de tratamiento y ayudando a otros pacientes y familias que lo necesiten.

**Hasta entonces, guardaré bien nuestra preciada bandera de mascarillas, continuaré llenando de ideas nuestra libreta y cuidaré esta mágica amistad.**





## Preguntas / Reflexiones

1

Despedirse puede ser difícil, más aún cuando ya tienes una rutina creada en torno al tratamiento y la enfermedad. ¿Has sentido tristeza al dejar un lugar o despedirte de amigos?

2

Siempre hay personas que podemos ayudar con pequeños gestos de amabilidad, no es necesario que alguien esté enfermo para pensar en acciones que ayuden a otros. ¿Se te ocurren ideas para ayudar a otros junto a tu familia?



## Actividad

¿Me ayudas a dibujar el reencuentro de estos tres amigos en ese asado en el sur de Chile -Punta Arenas- o en ese paseo al Valle de la Luna en nuestro desierto de Atacama?







[www.falp.org](http://www.falp.org) |     

FUNDACIÓN ARTURO LÓPEZ PÉREZ